

padre, y el contestó: *No quiero ser rey del oro, sino de los que lo poseen.*

Frase copiada y fuera de su lugar, cuando los tiempos caballerescos cedían su puesto al predominio del oro. Precisamente porque tenía escasez de él, Maximiliano nunca figuró. Cuando fué á casarse con María de Borgoña, esta tuvo que renovar sus vestidos para que pudiera presentarse con decencia. Prometido luego de Ana de Bretaña, no pudo verificar su matrimonio por no encontrar 1,000 escudos. Para tomar 300,000 de dote, casó con Blanca de Esforcia, y aceptó de Enrique VIII el sueldo de cien coronas diarias (1) por combatir á Francia: vendía por dinero los privilegios, los derechos de legitimar bastardos, y hasta de crear poetas (2); y sin embargo de tanta penuria, jamás quiso tomar nada del tesoro y de las alhajas que le habían dejado sus abuelos.

El mal éxito de sus empresas le hizo aparecer casi ridículo en la historia. Descontentos los Países Bajos de sus tropas extranjeras, se sublevaron, y teniéndole sitiado muchas días en Brújas, en casa de un boticario, no le dejaron en libertad hasta que juró las condiciones que le impusieron. Otros le hicieron sufrir afrentas personales, y él se contentaba con anotarlas en su *libro rojo*, sin tomar ninguna otra disposición.

Güéldres y la Frisia no se consideraban como unidas al imperio, y los podestás que mandaba el emperador á aquellos países, solo eran bien vistos si favorecían al pueblo. Pero habiendo concedido Maximiliano esta dignidad hereditariamente al duque de Sajonia, lo expulsaron y se pusieron bajo la protección de Carlos, duque de Güéldres. De aquí resultó una guerra, que Maximiliano tuvo que interrumpir para llevarla á la Suiza. Esta se había unido á la liga de Brunnen para defender su libertad, sin romper por ello los lazos que la unían al imperio, el cual de vez en cuando solía enviarle algún decreto que los Suizos no obedecían. Maximiliano comprendía la necesidad de tenerlos unidos al imperio por medio de una confederación con las ciudades de Suabia; pero tenían muchos motivos de disgusto y tomaron las armas.

« No me provoquéis, ó iré á buscaros, decía á los enviados de los Grisones. Evitese Vuestra Majestad esa molestia, le respondieron; porque los nuestros, como gente grosera que es, conocen poco el respeto que se debe á las coronas. » En efecto, le derrotaron en Engadina, y pidieron auxilio á los Suizos, lo que le obligó á tratar con ellos por mediación del duque de Milan, y así como las primeras victorias los habían emancipado del yugo de la

(1) La corona ó escudo de Francia equivale á seis francos.

(2) En 3 de agosto de 1501 concedió á Urbano Terralunga de Alba, consejero del marques de Monferrato, « ut facere, creare et instituere possit poetas laureatos, ac quoscumque qui in liberatibus artibus, ac maxime in carminibus, adeo profecerint, ut promoveri ad poetiam et laureatum merito possint. » Ap. TIRABOSCHI, t. VII, pág. 1823.

casa de Austria, estas los libraron de la dominación del imperio. Para completar su emancipación, se unieron á la Francia, suministrándole tropas en sus guerras.

Ya Federico III había conocido la necesidad de dar una regla al imperio, lo que se efectuó en tiempo de Maximiliano. La dieta de Worms le presentó tres proyectos: el primero de una paz pública, el segundo de una cámara imperial, tribunal supremo de justicia, y el tercero de un consejo de gobierno, llamado regencia del imperio. Conforme al primer proyecto, se publicó la *paz perpétua*, prohibiendo todo desafío, bajo la pena de ser desterrado del imperio, pagar 2,000 marcos de oro, y perder privilegios, derechos, feudos y créditos, y amenazando con igual castigo á todo el que protegiese ó diese asilo á un perturbador de la tranquilidad pública; cada cual debía comparecer ante los tribunales y aguardar su decisión.

También se instituyó una cámara imperial, compuesta de un juez, príncipe, conde ó baron, eclesiástico, ó lego, y de diez y seis asesores, de los cuales ocho, á lo ménos, eran caballeros, y ocho doctores, nombrados por el emperador, á propuesta de los Estados. Esta cámara debía decidir en primera instancia y á pluralidad de votos, según el derecho común, las causas de los miembros inmediatos del imperio, sin restringir la jurisdicción de los Estados sobre los súbditos. Fijó su residencia en Francfort, y el emperador consintió en que la sentencia de destierro se pronunciase por ella; de manera que en el tribunal supremo del imperio una parte pertenecía á la ciencia y otra á la elección.

Pareció al príncipe que el tercer proyecto vulneraba los privilegios reales; pero cuando, en ocasión de una nueva necesidad de subsidios para la guerra de Italia, fué propuesto otra vez por los Estados, Maximiliano convino en la creación del consejo de regencia, encargado de velar sobre la cámara imperial, y cuidar de que se ejecutasen los decretos de esta, relativos á la paz pública; además, deliberaría acerca de los asuntos que ántes se sometían á la dieta, y convocaría en los casos extraordinarios al emperador, á los seis electores, y á doce príncipes eclesiásticos y seculares. Estaba compuesto de veinte individuos, un elector, un príncipe eclesiástico y otro secular, cinco consejeros nombrados por los electores, un conde, un prelado, dos diputados de las ciudades, uno de los Estados de Austria y otro de los de Borgoña. Los seis restantes eran elegidos por el imperio, dividido en los círculos de Franconia, Baviera, Suabia, el Alto Rhin, el Bajo Rhin con la Westfalia, y la Sajonia.

El emperador creía que le sería más fácil dirigir á veinte señores que á ciento; pero los disgustos no tardaron en nacer: los Estados no comprendidos se quejaron, y negaron el impuesto establecido para el mantenimiento de aquellos; disolvieronse pues, y desde el año 1502 no hubo allí consejo de regencia ni cámara imperial.

Cámara-  
áulica.

Maximiliano, en vista del grande aumento de sus Estados hereditarios, había instituido una cámara áulica para distribuir la justicia suprema, y emitir su dictamen en los casos de gracia y administración. Á veces la consultaba también en los asuntos generales de Alemania, y la encargaba dirimir las diferencias entre los Estados del imperio, y decidir las apelaciones de los súbditos de los príncipes. Con el trascurso de los tiempos, este consejo llegó á ser el tribunal supremo del imperio, en oposición á la cámara imperial, y se ocupó enteramente en sostener las prerogativas reales.

Algun tiempo despues, á fin de dar mejor organización al imperio, se le distribuyó en diez círculos; agregando á los cinco que ya existían, el círculo electoral del Rhin, que comprendía los tres electores eclesiásticos y el palatino; el círculo de la Alta Sajonia, esto es, los electores de Sajonia y de Brandeburgo, con los duques de Sajonia, de Pomerania, de Mecklemburgo, y los príncipes de Anhalt; la Baja Sajonia, es decir, el antiguo círculo de Sajonia; en fin, las posesiones hereditarias del emperador y las del rey de España, constituían los círculos de Austria y de Borgoña: la Prusia y la Bohemia quedaron fuera de esta división geográfica. Cada círculo tuvo un capitán y algunos consejeros, para velar por la paz pública, y ejecutar las sentencias de la cámara imperial.

## CAPÍTULO II

Italia. — Savonarola.

La Italia, blanco de las miradas y deseos de los extranjeros, se convirtió en palestra de las ambiciones y de los intereses, y los movimientos de toda la política europea recibieron de ella un secreto impulso (1). Había caminado allí la civilización á pasos de gigante, y los extranjeros, á la manera que iban devotamente á visitar la mansión de los Apóstoles, acudían también, cual peregrinos de la inteligencia, á buscar allí inspiraciones, ejemplos, ardor en las indagaciones literarias, libertad en las discusiones, experiencia en las franquicias políticas, iluminando luego á su patria con los rayos de que Italia era el foco. El amor á las letras era reputado un deber de los príncipes; Cosme, padre de la patria, tenía cuarenta y cinco copistas para proveer de libros su biblioteca, y Lorenzo de Médicis reunía lo selecto de los sabios, hacía cantar por la calle versos que componía, dirigía mascaradas, y se mostraba

(1) Los historiadores de esta época son los grandes escritores Guicciardini, Varchi, Escipion Ammirato, Jacopo Nardi, Maquiavelo, Pablo Jovio, Pedro Bembo, etc. Felipe de Comines refiere admirablemente la expedición francesa: véase la edición hecha por la *Sociedad de la Historia de Francia*. Paris, Ranouard, 1840-43. La importancia y el número de las cartas y de las relaciones de embajadores, etc., se aumentan, distinguiéndose entre ellas las de Maquiavelo.

verdaderamente *magnífico* en toda su conducta. El rey de Nápoles reclamaba de él, como precio de la reconciliación, un hermoso manuscrito de Tito Livio. Federico, duque de Urbino, contaba en Florencia y otros puntos cuarenta amanuenses, y gastó en solo copias 30,000 ducados. Francisco Esforcia enviaba á Toscana personas con encargo de comprar para él cuantos libros lo mereciesen, y de reunir todos los escritores posibles. Los fugitivos griegos, al mismo tiempo que educaban á los príncipes, llevaban misiones diplomáticas y concluían tratados. En la corte de Luis el Moro se reunían los ingenios más notables; el arquitecto Bramante, el músico Franchino Gaffuri, el matemático Lucas Paciolo; Gabriel Pirovano y Ambrosio Varese, médicos y astrólogos; el pintor Leonardo de Vinci, que era además cuanto quería ser; los literatos Demetrio Calcondila, Jorge y Julio Merula, Alejandro Minuziano, Julio Emilio Ferrari; el historiador y jurisconsulto Donato Bossi; Portico Virunio, erudito y hombre de Estado, entonaban á porfía las alabanzas de aquel príncipe; el Florentino Bernardo Bellincioni era su poeta laureado; Bernardino Corise y Tristan Calco, sus historiadores. Andres Cornazano cantó en tercetos el arte militar; Bartolomé Calchi, Tomas Piatti y Jacobo Anticuario favorecían las letras, rivalizando con su señor, el cual fundó la universidad de Pavia, y no pasaba día sin hacerse leer algún libro de historia.

El menor suceso proporcionaba motivo para fiestas y ceremonias en que desplegar el lujo y el buen gusto; el estudio de la antigüedad contribuía á que se puliesen los escritos y se hermoseasen los edificios, sin sujetarlos á una imitación servil.

Los Italianos, ricos, ocupados en las artes, en las industrias y en el comercio, no tenían tiempo ni deseo de alistarse como soldados, y preferían comprarlos, cual si fuesen mercaderías de las Arabia y de la India; gente sin moral, porque peleaba por oficio, y cuya bajeza envilecía cada vez más la carrera de las armas. Solo algunos pequeños señores continuaban dedicándose á ella, como noble ejercicio de mando; de donde resultaba que la guerra no se hacía con encarnizamiento, sino con cierta cortesanía, cuidándose mucho de evitar la efusión de sangre. Esto prolongaba las hostilidades: el oro solamente estaba en juego, y las probabilidades de parte del más rico ó del más péfido, sin que la victoria dejase al vencido aniquilado, pues conseguía reponerse por medio de la astucia. Las inevitables turbulencias de los municipios habían hecho que los nobles eligiesen uno de los suyos, el cual les asegurase el medio de oprimir al pueblo, ó que el pueblo confiase á alguno su soberanía, á fin de evitar la opresión. Y como es más fácil contentar al que no quiere ser oprimido que al que desea oprimir, los tiranuelos se mostraban favorables al pueblo y lo tomaban bajo su pro-



teccion, impidiendo los actos abusivos de los demas, aunque con el único objeto de abusar de ellos mas libremente.

Así la continua tarea de cada gobierno era humillar á los feudatarios y elevar á los ciudadanos, con el fin de obtener en la igualdad la centralizacion de poderes que da la fuerza; pues conocian que ninguna provincia se une ni es feliz, si no obedece todo á una república, ó á un príncipe, como ha sucedido á Francia y á España (1).

Pero esta nobleza no estaba constituida de una sola manera en los diversos países de Italia. En Lombardia y Toscana, los feudatarios habian sido subyugados por las repúblicas, y estableciéndose en las ciudades, se entregaban al cultivo de las artes y á las intrigas políticas. Conservaban, por el contrario, una funesta vitalidad en la Romanía y en el reino de Nápoles, donde ó agitaban ambiciosos proyectos y guerras parciales, ó traficaban con su valor, perdiendo así el brillo que habia esparcido sobre ellos la lealtad caballeresca. Pero ni aun en los dos primeros países tenian los nobles y el pueblo iguales derechos en cuanto á la administración de justicia y opcion á los cargos públicos; pero poderosos por su union, trataban de dominar á la clase média, que á su vez les oponian los gremios de artes; de forma que unos y otros alegaban, no la igualdad, sino privilegios obtenidos ó usurpados; y como no se movian por la concordia de los intereses, sino por la lucha de estos, era imposible constituir bien una república. De aquí provenia un movimiento continuo de báscula, y « reformas hechas, no á satisfaccion del bien comun, sino en corroboracion y para un partido: seguridad no encontrada aun, porque siempre hay un partido descontento, que sirve de instrumento á los que aspiran á un cambio (2). »

Esto habia impedido que se formase en el país la opinion unánime, indispensable para llegar á la unidad nacional, sea bajo una anarquía ó por confederacion. Los cuatro Estados principales, hostiles entre sí, no eran bastante robustos para vencerse por la fuerza. Las repúblicas no podian mantener sobre las armas á los ciudadanos, y desconfiando de los feudatarios interiores y de los príncipes de sus cercanías, se veían, no obstante, precisadas á servir de ellos por sus costumbres militares. Oponiase un triple obstáculo al engrandecimiento de los príncipes, los barones, el pueblo y los pequeños señoríos, que insuficientes para dominar, bastaban para poner trabas. De todo esto resultaban luchas y perfidias.

Cuando acaeció la muerte de Lorenzo el Magnífico, el sistema de equilibrio, que duraba hacia mucho tiempo, degeneró en egoísmo y astucia, y la política fué el arte de

(1) MAQUIAVELO, *Discorsi*, I, 12.

(2) MAQUIAVELO, *Della riforma di Firenze*.

llegar al poder y conservare en él por todos los medios, sin la menor idea generosa. Se creía entónces comunmente que el engaño era un medio racional de vencer, así como para los Beduinos el de robar y para los Romanos el tener esclavos y gladiadores; error de costumbre de raciocinio mas bien que perversidad de corazón, pues que habia personajes buenos en todo lo demas, que creían permitida la perfidia en ciertas ocasiones: el titulo de hombre grande se adjudicaba al mas astuto y no al mas valiente, y habia infamia en ser derrotado, no en vencer, cualquiera que fuese el medio. Hemos visto proceder de esta manera á Luis XI, á Enrique VII y á Fernando de Castilla; pero la Italia, como centro de las negociaciones, ofrecia mayores ejemplos y ocasiones mas frecuentes de aquella política, cuya invencion se le atribuyó, y de la que fué víctima.

Sin embargo, las cosas no hubieran marchado peor que en otra parte, si los extranjeros no se hubiesen mezclado en ello; pues el impetu francés, la ferocidad española y el valor alemán, desconcertaron aquel Estado artificial; la aproximacion de los grandes planetas arrastró en su torbellino como satélites á los pequeños Estados Italianos; los ejércitos de ciudadanos fueron reemplazados por Suizos borrachos y toscos, Españoles rapaces y Franceses disolutos; á las guerras llenas de cortesania sucedieron la violacion de todas las leyes de la hospitalidad, de la decencia, hasta del amor, y se entregaron á una crueldad insensata, no con determinado objeto y contra personas marcadas, sino contra todos, y únicamente con el diabólico pensamiento de atormentar, destruir y mostrarse superiores en fuerza á aquellos en quienes no lograban extinguir la vida del corazón y del ingenio.

Algunas de las antiguas repúblicas existian aun; pero Florencia habia aprendido á obedecer á los Médicis, que la delitaban hermoséandola. Luca y Siena estaban reducidas á la oligarquía; Bolonia gemia bajo la dependencia de los Bentivoglios; Génova no conocia de la libertad mas que el trabajo de tener que buscar siempre un nuevo señor; Milan habia caído del estado de república desordenada en el de monarquía absoluta, y pronto veremos la ambicion de Luis el Moro causar una deplorable invasion extranjera. En Venecia los nobles mantenian uno de los gobiernos mas fuertes de Europa, admirado por los políticos de entónces, como en el día el de Inglaterra, y aquella república era temida dentro y fuera de Italia, y la protegía la opinion de su riqueza y prudencia, hasta el punto de juzgarse buen augurio su alianza con una potencia (1). No es

(1) « Se cree generalmente, que nombrar la señoría de Venecia equivale á decir montes de oro; y no solo imaginan que el erario público está lleno, sino tambien los cofres de los particulares, concluyendo por figurarse á toda la ciudad convertida en oro y plata. » *Relac. de JUAN CORNERO* en 1569.

cierto que el descubrimiento del Cabo de Buena Esperanza causase inmediatamente la ruina de los Venecianos; al contrario, fueron mas ricos que nunca en el siglo XVI; y Serra decia aun en 1600, que todas las mercaderías procedentes de Asia (queria hablar de Levante) pasaban por aquella ciudad. Las comunicaciones mercantiles se abandonan lentamente, y Venecia no perdió su categoría sino cuando empezó directamente el comercio de Marsella con Levante. Si hubiese continuado, pues, en su naturaleza de potencia marítima, hubiera podido luchar con las nuevas, y asegurar su dominacion en el Adriático. Pero mientras que España y Portugal se lanzaban por senderos desconocidos, ella se obstinaba en seguir los antiguos; ponía trabas á sus rivales valiéndose de intrigas indignas, en lugar de adelantarse á ellos por su actividad; y cuando hubiera podido entenderse bajo buenas condiciones con el Egipto, y asegurar el paso de Suez, proporcionaba ingenieros y cañones á los seides de la India, para rechazar á los Portugueses y Españoles. Materializándose de este modo, ganaba en astucia lo que perdía en fuerza: dirigió su ambicion á la Tierra Firme; pero como por un lado apremiaba el Austria y por otro los Turcos, se arrojó sobre la Italia, despertando así la desconfianza del país.

Los Aragoneses ocupaban el reino de Nápoles, que era al mismo tiempo el mas extenso y el mas débil de los Estados Italianos, porque el rey era allí detestado del pueblo y tenía que vencer mil obstáculos de los barones, cuya oposicion no habia podido sofocar con sangre. Ambicionaba Fernando el Católico esta corona; pero como su conquista debía romper el equilibrio, hubo guerras que concluyeron por atraer á Italia á los que habian de decidir de un modo funesto sus destinos.

Ya el pontifice no era el jefe de aquella comarca, ni representaba al partido güelfo y la independencia: ocupado con los intereses de un reino temporal, y con los cuidados de proporcionar un Estado á sus sobrinos, le era preciso contemporizar; y la autoridad religiosa perdía en aquella lucha con las autoridades terrestres, siendo poco respetada, sobre todo en la Alta Italia (1). Es verdad que el papa habia extirpado de Roma toda representacion municipal, oprimido á los barones mas poderosos del territorio, que eran los Colonna y los Orsini, reducido á los demas á ayudarle en sus empresas: conservaba siempre grande influjo en el reino de Nápoles, extendida su suprema autoridad; y la destreza habitual de la corte pontificia en las negociaciones le daba mucho peso en la política, de la que Roma fué aun centro durante el curso de aquel siglo.

Á la muerte de Inocencio VIII, que se ha-

(1) Francisco Esforcia escribia en una carta: *Invito Petrus et Paulo*.

bia mezclado demasiado en las vicisitudes públicas, fomentando guerras y rivalidades, Ascanio Esforcia, descendiente de los duques de Milan, tenía á su favor muchos votos en el cónclave; pero viendo que no podría vencer á Julian de la Rovere, su émulo, los vendió todos al Español Rodrigo Lenzuoli, que habia tomado de su tío Calixto III el apellido de Borgia, y que á fuerza de dinero é intrigas, llegó á ser papa con el nombre de Alejandro VI. Se habia dado ya á conocer por su destreza y sagacidad extremada, y su atrevimiento para ejecutar todo lo que le sugeria la ambicion, y su reputacion de inmoralidad era tal, que debió ser una época muy deplorable aquella en que no halló obstáculo para ser elegido jefe supremo de la Iglesia. Hizo entrar con vigorosa mano en sus deberes á los barones y reprimió á los asesinos, cuya audacia habia llegado hasta el punto de que sucumbiesen á sus manos doscientos veinte ciudadanos, durante la última enfermedad del pontifice anterior. Pero intereses distintos de los de la Iglesia preocupaban á Alejandro, que solo trataba de asegurar una elevada posicion á los hijos que habia tenido de la Vanozza.

Florencia habia adquirido el predominio en Toscana, destruyendo allí la existencia política de todas las demas ciudades, excepto Luca y Siena, que se sostenian haciéndose olvidar. Sin renunciar á las formas democráticas se habia acostumbrado á considerar como señora á la familia de los Médicis, que dominaba allí hacia un siglo; los capitales que los comerciantes empleaban en el extranjero, ponian trabas á la política, obligando al Estado á consideraciones y alianzas perjudiciales. El recuerdo de la pasada independencia existia aun vivo en las ciudades que Florencia habia avasallado; principalmente Pisa sacudia de tiempo en tiempo las cadenas, y con tal de sustraerse del poder de aquella, hubiera servido á extranjeros (1); ceguedad perdonable solo porque no habia experimentado el dominio de estos, siendo propio de los pueblos no creer sino en la experiencia. Entretanto las facciones florentinas continuaban, y fuese efecto de ambicion ó de un verdadero amor á la libertad, agitaban el país. Era preciso una gran fuerza ó una grande habilidad para mantenerlas enfrenadas; oprimir ó engañar, no habia medio. Pero á Lorenzo el Magnífico, que habia querido no sofocar, sino seducir la libertad, sucedió Pedro II, hombre tan robusto de cuerpo como débil de espíritu, que tratada de for-

(1) Pisa trató de entregarse á Francia, bajo la condicion de que esta tendria allí un gobernador, de que no la entregaria á los Florentinos, ni permitiria á estos habitar dentro de sus muros ni gozar allí ningun privilegio, y de que recuperaria á Liorna, Puerto Pisano y el territorio. No habiendo admitido Francia estas proposiciones, acudió á España, añadiendo que las rentas pertenecerian por mitad á este país y á la ciudad de Pisa, que el gobierno español tendria allí un virrey, como en Sicilia, ó un delegado, y que los Pisanos disfrutarian iguales privilegios que los súbditos de España. Los compradores de todo esto existen en el *Archivio delle Riformazioni* de Florencia, c. 1, II; distr. III, N. 9.

Alejandro VI.  
1492,  
11 agosto

Florencia y los Médicis.

1492.